

ALBERTO EDWARDS

CUENTOS FANTASTICOS

Selección y Prólogo de  
MANUEL ROJAS



Z I G - Z A G

## INDICE

	Pág.
Nota preliminar .....	9
Julio Téllez .....	13
El doctor Schöneman .....	73
En el país de la leyenda .....	92
La princesa de Krisnagar .....	113
La invasión .....	145
La locura de la verdad .....	174
Los caballeros salteadores .....	194
El hechicero .....	217
La que venció al destino .....	242
La sentencia de muerte .....	264
La luz en el monte .....	288

## NOTA PRELIMINAR

*Alberto Edwards Vives nació en Valparaíso en 1873; falleció en Santiago en 1932.*

*Es uno de los hombres más curiosos que ha producido Chile. Abogado, periodista, diputado, varias veces ministro, apasionado por la geografía y la historia, experto en asuntos financieros, es, al mismo tiempo, un escritor y un hombre de gran simpatía humana e intelectual, aun para aquéllos que miraron con desagrado su extremado peluconismo y su adhesión y colaboración al régimen del primer gobierno de Carlos Ibáñez del Campo.*

*Mirándolo con atención, y conocidos los pormenores de su vida privada, se ve en él a un tipo de chileno que se repite muy a menudo en la vida del país: rectitud, casi rigidez, conservantismo, por un lado; por otro, simpatía, llaneza, humanidad, a veces inocencia; en muchos casos, caídas de consideración.*

*No es éste el lugar más adecuado para tratar a Alberto Edwards como hombre y escritor político. Tampoco somos nosotros los más indicados, ni los más atraídos, para ello y por ello. Otros hombres hay que, muy pronto, de seguro, examinarán con rigor sus escritos y sus actos de aquella índole.*

\* \* \*

*Alberto Edwards era conocido, hasta hace poco tiempo, únicamente como autor de libros que no tie-*

nen nada que ver con la literatura de ficción: Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos, La fronda aristocrática en Chile y La organización política de Chile. Faltaba conocerlo como cuentista, como creador literario. Es lo que hacemos al entregar una selección de los cuentos que desde 1913 hasta 1921 publicó en la revista "Pacífico Magazine", editada durante aquellos años por esta misma empresa.

Estos cuentos fueron publicados con los seudónimos de Miguel de Fuenzalida y J. B. C., seudónimos que, al parecer, no tienen significado alguno, al revés de E. U. P., iniciales puestas como firma por don Carlos Silva Vildósola, y sin consulta previa, a algunos artículos que Alberto Edwards envió a "El Mercurio" en cierta ocasión y que significan El Último Pelucón, lo que agradó al autor, que se sentía, si no el último, por lo menos bastante; estos cuentos tienen principalmente dos características: policial y fantástica. Dentro de la primera creó un detective, Román Calvo, llamado por él "el Sherlock Holmes chileno"; dentro de la segunda desarrolló una fantasía casi increíble en un experto en legislación bancaria. Su personaje más interesante, Julio Téllez, especie de superhombre, podría ser un personaje de las novelas fantásticas de Wells.

Sus conocimientos de geografía e historia, su concepto de la realidad política sudamericana, su imagen de la vida chilena y tal vez un oculto anhelo de salir de esa realidad y de esa vida por medio de la ficción, de superarlas, por lo menos, contribuyeron a hacer de los cuentos de Alberto Edwards algo singular dentro de la cuentística chilena, no en el sentido del estilo, de que carece, sino en el sentido de la acción, una acción casi cinematográfica, de asombrosa rapidez. En 1913 sus aviones vuelan casi con la misma velocidad con que lo harán cuarenta años después; sus jefes políticos no tienen fronteras y los sedentarios empleados particulares se trasladan de Valparaíso a la India, a través del mundo, con una desenvoltura inigualada.

Julio Téllez, deseo convertido en persona —¿quién no ha tenido alguna vez el deseo de que alguien, do-

lado de gran energía, gran inteligencia y gran poder, arregle las cosas de este mundo?—, tiene, de modo inesperado, programas de política internacional que habrían apasionado a Bolívar: la unión e independencia de los estados sudamericanos. Julio Téllez está aquí, está allá, en Londres como en Antofagasta o en Washington, se habla de él, se le teme, se entrevista con los grandes, enfurece a algunos, asusta a otros y salva la paz y la integridad de Hispanoamérica frente a las ambiciones de vecinos con gran poder de absorción.

Pero no todo es igual. Su diversidad es casi tan grande como su poder de ubicuidad. Pasa de la leyenda a la historia con el mismo desenfado con que pasa de lo policial a lo fantástico. Si este hombre, que al parecer tuvo vergüenza de llegar a ser considerado cuentista, es decir, escritor de ficción, ya que ocultó con cuidado su identidad —fenómeno que es común en el tipo chileno que mencionamos al principio (José Joaquín Vallejo, que escribía versos, nunca quiso mostrarlos ni publicarlos)—, si Alberto Edwards se hubiera propuesto ser un real escritor, si hubiera tratado de escribir con mayor elegancia, si hubiera reglamentado los elementos de sus cuentos —reflexión, narración, descripción— y procurado dar un tono de mayor veracidad y naturalidad a todo, no hay duda alguna de que la literatura chilena contaría hoy con un cuentista sin par en la literatura hispanoamericana. No quiso, sin embargo. Escribió de modo llano, directo, tal como escribió todo lo suyo, lo que no es obstáculo para que sea un cuentista atrayente, y, a veces, hasta apasionante, sobre todo para la gente joven.

Además de sus artículos en "El Mercurio" y de su variada colaboración en "Pacífico Magazine", Alberto Edwards publicó otros en la "Revista Chilena de Historia y Geografía", en los que hay desde un Itinerario de don García Hurtado de Mendoza en su viaje a los archipiélagos de Ancud, hasta un estudio sobre la importancia de la meteorología.

Sus Recuerdos, publicados después de su muerte, en los que describe sus últimas horas de hombre po-

*litico, muestran qué clase de individuo era. Su temor, su angustia, su desilusión ante la realidad política y social, su temor a la violencia, hablan de una sensibilidad que fue desviada quién sabe por qué ocultas fuerzas hacia la política, impidiéndole llegar a ser el gran escritor que pudo haber sido.*

MANUEL ROJAS.